

Muy Rdo. Sr. D. Fígone

Laudemus Viros Gloriosos

Relación de los **SALESIA-
NOS** de la Inspectoría Céltica
de **Santiago el Mayor** que
dieron su vida por **DIOS** y
por la **PATRIA** durante el
**GLORIOSO MOVIMIENTO
NACIONAL** iniciado el 18
de Julio de 1936



Industrias Gráficas

Ayala, 78 - MADRID



LAUDEMUS VIROS GLORIOSOS

El estallido brutal de la revolución de julio de 1936 tuvo en Madrid una virulencia insospechada: la sangre corrió a torrentes; el martirologio de los que dieron la vida por Dios y por la Patria cuenta a sus héroes por millares; la Inspectoría Salesiana Céltica de Santiago el Mayor puede ufanarse del tributo de sangre y de dolores con que ha contribuído al triunfo de la España inmortal: más de la mitad de sus hijos han gemido largos meses en las cárceles; algunos han pertenecido hasta el momento de la liberación a brigadas disciplinarias y de castigo; no pocos han dado generosamente su vida, unos por su condición de religiosos o sacerdotes, otros en los campos de batalla. Demos de éstos sucinta relación.

I.—ORATORIO DE SAN FRANCISCO DE SALES. (Ronda de Atocha. MADRID)

Casa Inspectorial, Escuelas de Artes y Oficios para internos, Escuelas Elementales para externos, en las que recibían instrucción más de quinientos alumnos; floreciente Oratorio Festivo, en el que a veces llegaban a reunirse millar y medio de niños.

En la tarde del domingo 19 de julio de 1936 terminaba la función recreativa en el teatro, cuando la casa se vió invadida por milicias socialistas. Parte de los salesianos pudieron escapar, dirigiéndose a domicilios de antemano previstos. Otros cayeron en manos de los milicianos, los cuales los alinearon cara a la pared y manos arriba, mientras verificaban el registro de la casa. Al cabo de una hora o más, marcharon, no sin proferir amenazas de muerte.

Entretanto, la fuerza pública intervino para guardar la entrada, pero sin impedir que a cada dos por tres vinieran milicias de los diversos partidos: comunista, libertario, F. A. I., etc., que de nuevo repetían las escenas anteriores, con el consiguiente atropello y zozobra de los pobres salesianos que en la casa quedaban.

¡Noche trágica aquélla, en que la plebe, desenfrenada en orgía infernal, asaltaba asilos de paz, mataba a religiosos, incendiaba templos, cuyos fatídicos resplandores eran la aurora siniestra del imperio rojo que por largos meses iba a aherrar gran parte del solar español!

A la mañana siguiente tocóle el turno a nuestra casa. Se oyeron voces de ¡fuego! La fachada de la Ronda era, en toda su extensión, pasto de las llamas. Los pocos salesianos que en casa había se lanzaron animosos a sofocarlo. Providencialmente, sólo entonces aparecieron los bomberos; de haber llegado antes, es fácil que, complacientes como eran con la chusma, hubieran dejado que el fuego prendiera en todo el edificio.

Pero la situación así era insostenible. Entonces, puestos al habla con el doctor don Juan Ardizzone, médico de la casa y al mismo tiempo del cuartel de la Guardia civil, obtuvo éste que el coronel enviara dos autos de la Benemérita, en los cuales los salesianos pudieron salir de casa y esconderse en lugar seguro.

Mas el viento de la persecución se había desatado implacable, y de esta casa cayeron las víctimas siguientes:

Sacerdote RAMON GOICOECHEA, Director. Alma angelical de exquisito perfume de caridad inagotable. ¿Quién jamás le oyó una murmuración? Cuando, por razones de su cargo, recibía alguna confidencia o se le daba un informe, cortaba prontamente la conversación, temeroso de ofender, aunque de lejos, a la reina de las virtudes. Salesiano bien penetrado de los deberes del Sistema Preventivo, sentía obsesión por los niños. ¡Qué buen maestro era! y, sobre todo, ¡qué buen asistente! Era el vigía de la moralidad.

En el año 1927 le encontramos Director de la casa de Vigo (Colegio), y posteriormente, al abrirse en Mohernando en 1930 el Noviciado de esta Inspectoría, fué nom-

brado Maestro de Novicios hasta que, a fines de 1935, pasó a la Dirección de esta Casa Inspectorial.

En su puesto le encontró la revolución desatada. Al irrumpir las milicias en casa, estuvo largo tiempo con los demás, alineado cara a la pared y manos arriba. Cuando, por efecto del cansancio, comenzaba a bajarlas, los milicianos prorrumpían en amenazas de muerte. Al fin, llamándole aparte, le encañonaron las sienes con las pistolas, conminándole a que dijera dónde estaba el dinero y las riquezas de la casa. Ante las protestas de pobreza del padre, arreciaron ellos en sus amenazas, hasta que, cansados, lo volvieron a su sitio, cara a la pared. Esta escena se repitió varias veces.

En el entretanto, y para buscar motivo para una agresión, sonaron dos tiros que los milicianos quisieron atribuir a uno de casa para atacarlos. Quiso la Providencia que uno de los guardias que custodiaban la puerta, encontrara el casquillo de una bala de fusil, con lo que se demostró que el disparo había sido hecho por ellos mismos.

Durante esas interminables horas no cesó de pedir por caridad a sus verdugos que le permitieran consumir las formas del copón: era su pensamiento tenaz evitar la profanación, el sacrilegio, aun a costa de su vida. Y, en efecto, en un descuido de sus vigilantes, pudo introducirse en la capilla, sacar el copón lleno de formas y, entre varios, dar fin a las especies sacramentales.

Las angustias que tuvo que apurar en tan terrible trance, con el sentimiento de su responsabilidad, trastornaron su razón; del albergue en que le habían recogido pasó a una clínica; en su desvarío, dos ideas se aferraban a su mente: "¿Qué es de los niños de casa? ¡Mis niños, tratádmelos bien!" "¿Y Jesús Sacramentado? ¡Id a sacar las formas para que no las profanen!"

Y con esta obsesión continua de sus niños y del sagraio, expiró el día después, martes, 21 de julio de 1936.

Si no perdió la vida a mano airada de los milicianos, ellos, con los malos tratos a que le sometieron, le hicieron perder la razón y con ella la vida.

Coadjutor MATEO GARRULERA. Verdadero israelita en quien no había dolo, entró en nuestra casa de Sa-

rriá en el año 1914 en calidad de coadjutor. En varias de nuestras casas ejerció el oficio de cocinero. Trasladado a esta casa de Madrid, fué encargado del cobro de los recibos mensuales de los Cooperadores.

Religioso ejemplar, siempre el primero en las prácticas de piedad, escrupuloso en la rendición de cuentas, nunca se olvidaba de aparecer religioso en todas partes. ¡Cuántas veces, mientras esperaba a la puerta el importe de un recibo, entretenía con saludables reflexiones a los niños de la casa! ¡Cuántos Cooperadores recuerdan aún con gusto cómo les hablaba de Don Bosco, de sus obras, de la expansión salesiana!

Fué de los sorprendidos en casa por las milicias. Y mientras estaban alineados cara a la pared, sacó él tranquilamente su rosario para rezar; como alguien se lo tachara de imprudencia, replicó: “¿Por qué nos vamos a avergonzar de aparecer lo que somos?”

Refugiado en una pensión, fué ésta objeto de un registro por parte de las milicias incontroladas. Al pedirle a él la documentación, sacó su libro de oraciones, sin recatar su condición. Era bastante para ser llevado al fatídico *paseito*. Murió, con otros religiosos y sacerdotes capturados, el día 2 de octubre de 1936.

Coadjutor EMILIO ARCE. Natural de Ubierna (Burgos), pueblo que ha dado varios de sus hijos a la Congregación Salesiana, después de hacer su primera profesión fué enviado a la casa de Sarriá para terminar su aprendizaje como sastre. Vuelto a esta Inspectoría, estuvo en Astudillo y luego en esta casa, siendo edificante su espíritu de actividad y trabajo salesiano. Elemento habilísimo para el teatro, no rehusaba nunca su concurso, a pesar de sus ocupaciones. Los Superiores le confiaron el cargo delicado de atender a los Antiguos Alumnos, en el que puso todos sus entusiasmos con gran sacrificio y no pocos sinsabores.

El día 4 de mayo de 1936 las turbas, empujadas por los poderes ocultos de la revolución, pretextando que las religiosas daban a las niñas caramelos envenenados, asaltaron la casa de las Hijas de María Auxiliadora de la calle de Villamil, arrastrando a las Hermanas por la calle y

cometiendo mil actos de salvajismo, preludio de lo que se iba preparando. Aquella noche nuestro buen Emilio, dirigiendo un auto, fué a la apartada barriada de Tetuán para ayudar a salvar a las Hermanas, que allí tenían otro Colegio; mientras aguardaba, fué sometido a un interrogatorio por el alcalde rojo de Chamartín, quien tomó nota de su nombre y del número del auto, profiriendo serias amenazas para el porvenir.

Triunfante la revolución de julio, Arce pudo ocultarse durante algún tiempo; mas un día tuvo la debilidad de querer ver cómo iban las cosas por nuestra casa de la Ronda, y mientras atravesaba una calle cercana, acompañado del clérigo Victoriano Fernández, fué denunciado y llevado ante el Comité del partido socialista; la amenaza hecha tres meses antes tuvo su cumplimiento: de allí salieron los dos para ser fusilados en el *paseito* anónimo. Era el 23 de julio de 1936.

VICTORIANO FERNANDEZ, clérigo temporal. Flor temprana, que acababa apenas de abrirse a la vida salesiana, presto trocó sus ilusiones de apostolado sacerdotal por la palma del martirio (1).

Nacido en Merca Campos, provincia de Orense, entró bien pronto en nuestra casa de vocaciones del paseo de Extremadura, de donde, a fines del año 1932, pasó al Noviciado de Mohernando, en el que hizo su profesión temporal y cursó los estudios de Filosofía. Comenzado ya el curso 1935-36, vino a esta casa como maestro y asistente.

Era buen trabajador, hablaba poco; pero en sus labios florecía siempre una sonrisa apacible, indicio de la bondad de su alma. Al estallar la revolución pudo esconderse; pero un día salió, en compañía de don Emilio Arce, para ver el Colegio, teatro de sus primeras actividades salesianas, y con él fué detenido y llevado a la muerte (23 de julio de 1936).

(1) Cuando en estas relaciones usamos las palabras *mártir*, *martirio* u otras análogas, lo hacemos en el sentido puramente humano, sin querer prevenir el juicio de nuestra Santa Madre la Iglesia.

FRANCISCO JOSE MARTIN, coadjutor trienal. Hijo de una familia muy piadosa, nació en Vitoria y estudió las Elementales en el Colegio de los Padres Marianistas de aquella capital. La piedad que ya desde niño resplandecía en él en alto grado, dió el fruto de una vocación que al principio se orientó hacia el Seminario, mas luego se concretó hacia la vida religiosa, entrando en el Noviciado de Mohernando. Hecha su profesión, fué destinado al Colegio de San Miguel, de donde pasó después a las Escuelas externas de esta casa.

Hábil maestro, músico inteligente, vivía únicamente para sus niños y para su clase. ¡ Con qué esmero preparaba sus lecciones, sus trabajos y dibujos! ¡ Con qué espíritu de sacrificio, a pesar del laicismo exterior con que, en esos tiempos de república nefasta, había que barnizar nuestras Escuelas, se esforzaba en dar una educación esmeradamente cristiana y preparaba cantos religiosos y veladas educativas, de las que todos guardan grato recuerdo!

Al advenir los tristes sucesos de julio, pudo al principio pasar inadvertido: mas no tardó en caer en uno de aquellos *registros*, que dieron con él en la Cárcel Modelo, en donde se encontró con varios hermanos que allí sufrían cautiverio. Comenzaron por entonces las terribles sacas de presos que, so pretexto de ser conducidos a otra prisión, eran sacrificados en mitad del camino. En una de ellas se leyó su nombre. Al llegar la expedición a Paracuellos del Jarama, fueron bajados de los autos y ametrallados en un campo. Era el 9 de noviembre de 1936.

JUSTO JUANES, clérigo temporal, de Mata de Armuña, provincia de Salamanca. Joven profeso, había venido a ésta desde la casa de formación de Mohernando, en donde hizo el noviciado y cursó la Filosofía.

De trabajo silencioso y abnegado, buen asistente, practicaba en ésta sus primeras armas en la enseñanza y prometía larga mies de apostolado fecundo.

Compañero del anterior en las fatigas escolares, lo fué también de refugio en las horas de tragedia, y más tarde en la captura y cárcel, si bien pereció en la fatídica expedición que fué sacrificada en Paracuellos del Jarama el 30 de noviembre de 1936.

Coadjutor ANASTASIO GARZON. Era una de las esperanzas más fundadas de esta Inspectoría. Alumno de estas Escuelas Profesionales, después de hacer en Moherando el noviciado y la profesión temporal, fué mandado a Italia para terminar el curso de perfeccionamiento en la Mecánica, que hizo en San Benigno Canavese, en donde bien pronto se granjeó el afecto de Superiores y compañeros por la bondad de su carácter, su aprovechamiento y espíritu de trabajo.

Vuelto a España, se le encargó el Taller-Escuela de Mecánica en estas Escuelas, que dirigió con gran competencia y espíritu salesiano. Buen maestro, celoso asistente, se desvivía por sus alumnos que le querían con verdadero afecto. Al mismo tiempo, llamaba la atención su juiciosa gravedad, su exactitud religiosa, su espíritu de sacrificio, su piedad intensa, su confianza filial con los Superiores, virtudes todas que hacían concebir de él las más halagüeñas esperanzas.

Pero el Señor lo encontró ya maduro para el cielo. Si bien pudo capear los primeros momentos de la borrasca revolucionaria, al fin fué detenido y llevado a la cárcel, de donde salió en la expedición de 30 de noviembre de 1936, que pereció en Paracuellos del Jarama. Bien pueden repetirse de él las palabras de la Escritura: *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

Coadjutor RAMON EIRIN. Vocación salida de la casa de La Coruña, de donde era natural, hizo su aspirantado como carpintero en estas Escuelas, de donde pasó a Moherando para hacer su noviciado y la profesión religiosa. También él fué mandado a Italia para el curso de perfeccionamiento, que terminó en San Benigno Canavese, donde dejó larga estela de buen recuerdo.

Reintegrado a esta Inspectoría, fué un válido sostén del taller de carpintería de estas Escuelas, distinguiéndose por su trabajo, su celo por la enseñanza, su espíritu alegre, unido a una observancia ejemplar de la vida religiosa y a un amor acendrado a la Congregación.

Salvadas las primeras dificultades de la revolución, se inscribió como camillero en la Cruz Roja, creyendo así poder esquivar los peligros de la situación. En los mo-

mentos libres poníase en contacto con los Superiores que quedaban escondidos en Madrid. Aun el día de la Purísima comulgó, según testimonio de algunos compañeros. Más, al parecer, fué denunciado como religioso por una enfermera roja y detenido, siendo asesinado el 19 de diciembre de 1936.

II.—ORATORIO DE SAN JUAN BAUTISTA. (Calle de Francos Rodríguez. MADRID.)

Situado en una barriada en donde imperaban los elementos comunistas y revolucionarios, los Salesianos vivieron siempre bajo una amenaza continua que cristalizó en cuanto estalló la revolución de julio.

Hacia la una de la tarde del domingo, 19, unos cincuenta milicianos asaltaron la casa y, una vez en el patio, comenzaron a disparar contra el edificio y la Iglesia por espacio de una hora. Como nadie les contestara, entraron en el edificio, hicieron bajar a los religiosos uno a uno, los alinearon cara a la pared y estuvieron deliberando qué hacían con ellos. La intervención de unos guardias de Seguridad hizo que los llevaran a la Comisaría del distrito, donde el comisario ordenó fueran conducidos a la Dirección de Seguridad. Apenas salidos a la calle, la chusma embravecida prorrumpió en gritos pidiendo su muerte e intentando lincharlos, lo que impidieron los mismos milicianos, si bien algunos facinerosos aun lograron abalanzarse contra los religiosos y herir a varios de ellos.

Largas horas pasaron en los calabozos de la Dirección, hasta que, al fin, puesto en claro que su actitud había sido inocente, fueron dejados todos en libertad, yendo a domicilios particulares señalados de antemano.

Más adelante pagaron tributo al furor sectario los salesianos siguientes:

Sacerdote SALVADOR FERNANDEZ. Salesiano de la primera hora, natural de la provincia de Pontevedra, alma de niño, ingenuo y abierto, trabajador incansable, siempre dispuesto a la obediencia como un novicio. Mu-

chos y diversos fueron los oficios que desempeñó en su larga vida salesiana: después de haber sido prefecto en varias casas, fué Director de Orense y de Allariz, cargos que dejó para volver en su edad ya avanzada a dar clase en Baracaldo. Ultimamente había sido destinado a esta casa para ayudar al culto, que alcanza gran desarrollo en su hermosa iglesia bizantina.

Al salir de los calabozos de la Dirección de Seguridad, según se ha referido, refugióse en casa de unos parientes, en donde permaneció como un mes; pero la denuncia de una portera le obligó a cambiár precipitadamente de domicilio, yendo a una pensión de confianza. También esta pensión fué denunciada, y hubo en ella un primer registro de milicias, quienes se retiraron sin promover incidentes desagradables. Enterado el Director, aconsejóle cambiara en seguida de pensión. No lo juzgó él necesario, confiado en el buen trato recibido; pero a la noche volvieron los milicianos, prendieron a cuantos había en la pensión, incluso a los dueños, y al día siguiente aparecieron sus cadáveres acribillados a balazos en las inmediaciones del pueblo de Aravaca (Madrid). Fué en la segunda quincena de septiembre de 1936.

Sacerdote PIO CONDE. Hijo de una familia patriarcal y levítica de Allariz (Orense), dos de sus hermanos son Salesianos, otro es capellán castrense, una hermana murió religiosa clarisa. Después de cursar en Sarriá los estudios de Humanidades, ingresó en el Noviciado y profesó en la misma casa, quedando en ella para el estudio de la Filosofía. Después de ejercitarse en la enseñanza en Valencia y Mataró, pasó al Estudiantado Teológico de Carabanchel, en donde cantó misa, ocupando luego diversos cargos en las casas de esta Inspectoría.

Dotado de una gran rectitud de carácter, de un ardiente celo por la salvación de las almas, de un sólido espíritu religioso, los Superiores le nombraron Director de la casa de Santander, cargo al que tuvo que renunciar a causa de antiguos achaques de salud que con el ejercicio del mismo se recrudecieron.

Pasó entonces a la casa de Vigo como encargado de la Iglesia externa, y no es para descrito el celo que desplegó

en el confesonario y en la dirección de las almas. Una afección a la garganta le obligó a buscar un clima más seco, y la obediencia le destinó a esta casa como encargado de su hermosa iglesia.

Ancho campo encontró aquí en donde desplegar las grandes energías que atesoraba, desarrollando una labor ingente en estas barriadas obreras, coronada por el éxito más halagüeño. Apóstol infatigable del bien, pasaba horas y horas en el confesonario. Con su muerte ha perdido esta casa uno de sus más firmes pilares.

En los primeros días del infierno rojo pudo esconderse en casa de unos amigos, hasta que en el mes de octubre se le procuró asilo en la Embajada de Finlandia. Entre los grandes crímenes del Gobierno rojo hay que contar el haber permitido que los comunistas asaltaran dicha Embajada, llevándose a todos los refugiados detenidos a la cárcel. La polvareda que el hecho levantó en las Cancillerías obligó al Gobierno a poner a los refugiados en libertad: don Pío, al salir, se escondió en una pensión. Pero su figura destacada en el barrio de Cuatro Caminos por su celo apostólico y ardiente, fué causa de que por dos veces fuera denunciado. Llevado a la Comisaría, se le aplicó la ley de Evacuación, por ser mayor de los cuarenta y cinco años, siendo llevado al Refugio de Evacuados, en espera de oportunidad en que efectuarlo.

Prestaba servicio en dicho centro un sargento de Asalto que lo reconoció, y en el momento de subir don Pío al autobús que debía llevarle a Valencia, lo denunció a los milicianos como sacerdote y como *frailé*. Por diversos conductos se ha tenido posteriormente noticia de que había sido fusilado. ¿Cuándo? ¿Durante el viaje, o al llegar a Valencia? No se ha podido averiguar. De Madrid salió el 2 de marzo de 1937.

Sacerdote SABINO HERNANDEZ. Vocación salida de Salamanca, hizo su noviciado en Carabanchel, adonde volvió para cursar la Teología después de haber ejercido el magisterio en las casas de esta Inspectoría. Espíritu serio, tal vez algo concentrado, muy estudioso, rígido consigo mismo y también con los demás, ocupó cargos de confianza y fué durante un trienio Director del Colegio

de la calle de Viñas, de Santander. Después de haber estado unos años en Vigo (Parroquia), con ejemplar obediencia aceptó el venir a ésta para encargarse de una clase elemental. Era competente profesor, si bien su temperamento severo y exigente se avenía mal con el espíritu inquieto y vivaracho de los chiquillos. Buen religioso, cumplidor exacto de las Reglas, que defendía con tesón cuando era menester, a ellas ajustaba su criterio y su consejo.

En los primeros momentos de la revolución, hospedóse en casa de un antiguo alumno, que poco después tuvo que abandonar por no comprometer a la familia. Trasládóse a una pensión en la que también se hospedaban unos religiosos Agustinos. Se hallaba bien atendido, y al recibir la visita de su Director, se confesó con él "por lo que pudiera suceder", como él dijo.

Al día siguiente hubo en la casa un registro de milicias rojas, que se llevaron a los Padres Agustinos, y a él le dejaron porque alegó que era Salesiano. Mas volviendo a deshora, a él y al portero se los llevaron en un *auto*. El portero dió voces y la fuerza pública le arrebató de manos de los sicarios; don Sabino, que se había acurrucado en el fondo del *auto*, no fué visto por los guardias, y así, se lo llevaron fuera de la ciudad y lo fusilaron. Era el 28 de julio de 1936.

Coadjutor NICOLAS DE LA TORRE. En Béjar, su ciudad natal, frecuentó de niño la casa salesiana, yendo en agosto del 1900 a Sarriá para ingresar en las Escuelas de Artes y Oficios; en aquel ambiente que tantas vocaciones ha dado a la Congregación, se despertó en él el deseo de ser Salesiano.

En Sarriá y en Madrid estuvo durante algún tiempo al frente de la Escuela de Zapatería, alternando sus actividades con las de la banda y el teatro. Sus varias disposiciones hicieron que los Superiores le encomendaran ocupaciones diversas, y así, al estallar la revolución, lo encontramos en esta casa encargado del cobro de los recibos de los cooperadores.

Delatado como religioso, le llevaron a un Comité socialista, en donde, al ser cacheado, le encontraron encima

la dirección del Director y del Prefecto de la casa. Entonces los milicianos lo condujeron a la casa en que éstos se hospedaban para que los reconociera y pudieran apresarlos; mas quiso la Providencia que se salvaran por milagro, huyendo antes de que les dieran alcance. Al ver que no delataba a ninguno por superior suyo, se lo llevaron de nuevo y cobardemente lo asesinaron el 2 de agosto de 1936.

III.—COLEGIO DE SAN MIGUEL ARCANGEL. (Paseo de Extremadura. MADRID.)

Situado en las afueras de la capital, desde sus patios se ofrece una de las vistas panorámicas más bellas de la ciudad. Por ellos correteaba en tiempos normales la juventud bulliciosa de los estudiantes de Bachillerato del Colegio, junto al cual había también Escuelas populares para los niños de la barriada.

Solitarios estaban ya los salones y aulas, por estar los alumnos de vacaciones, cuando se desató la borrasca del 19 de julio de 1936. Al tenerse noticia del asalto sufrido en la tarde de este día por nuestros Hermanos de Francos Rodríguez, el Director tomó las providencias oportunas para salvar la vida de esta Comunidad. Mas nada de particular ocurrió ni en la tarde de este día ni en el siguiente, lunes. Desde casa se divisaba perfectamente el terrible combate que se desarrollaba en el Cuartel de la Montaña, las maniobras de los aviones que bombardeaban a los héroes, la algazara salvaje de las turbas que se entregaron al saqueo y al asesinato. Fué el martes cuando la chusma tomó el camino del Paseo de Extremadura para asaltar las casas religiosas de aquel distrito. Entonces, prudentemente, se abandonó la casa y los Salesianos buscaron refugio en familias amigas de la ciudad. Si al principio nada tuvieron que sufrir en sus vidas, a medida que iban cobrando virulencia las desatadas pasiones, también algunos de ellos vivieron horas angustiosas, algunos fueron encarcelados y no pocos derramaron su sangre por Dios y por la Patria.

Sacerdote GERMAN MARTIN. Bastaba mirarle al rostro para leer en él la hermosura de su alma. ¡Qué bondad la de su mirada, qué modestia la de su expresión, qué sonrisa más pura, qué fácil a la complaciente conformidad! Todo ello corriendo parejas con la exactitud en el deber, el celo por el bien de las almas, la ejemplaridad en la observancia regular, la piedad sincera.

Nacido en Zorita de la Frontera, provincia de Salamanca, hizo su noviciado y profesión religiosa en Carabanchel; después de estudiar la Filosofía, fué destinado a la Isla de Cuba, durante el trienio práctico. Ya sacerdote, ejerció cargos en varias casas (Barcelona, Baracaldo, Carabanchel), y últimamente era catequista en este Colegio de San Miguel.

Durante los primeros días del infierno rojo, procuraba juntarse con otros Salesianos, ya para estar al corriente de lo que sucedía, ya para comunicarse mutuos alientos. En compañía del coadjutor don Dionisio Ullivarri, comenzó a frecuentar la casa del presidente de los Padres de Familia, de Madrid, don Carlos Serrano, coronel de Artillería, para entregarse a los ejercicios de piedad. Un domingo, mientras se hallaban reunidos en esta casa comentando la misa del día y haciendo oración, fueron sorprendidos por una pandilla de milicianos, que se llevaron detenidos a todos los varones que allí había. Al día siguiente, 30 de agosto de 1936, aparecieron sus cadáveres en el término municipal de Aravaca (Madrid): habían sido bárbaramente fusilados al amanecer.

Sacerdote JOSE VILLANOVA. Vocación brotada en la casa de Valencia, de donde era hijo; entró en la casa de formación de Campello, viniendo luego al Noviciado de Carabanchel, donde hizo su profesión. En Salamanca y Carabanchel templó sus primeras armas en la enseñanza. Una vez ordenado de sacerdote, se entregó de lleno a la actividad docente, que ejercía con notable competencia. De despejado entendimiento y de una capacidad de trabajo inagotable, alternó sus clases con los exámenes propios en la Universidad, en la que tomó el título en Ciencias Físico-Químicas. Al estallar la revolución

marxista, era consejero de Estudios en este Colegio de Segunda Enseñanza.

Con su carnet de licenciado y profesor, pudo ocultar durante dos meses su condición de sacerdote. Un día hubo un registro en la pensión en que se hallaba; después de examinada la documentación, le pidieron la cartera. (El primer afán de todo buen miliciano era el robo.) En ella le encontraron unas mil pesetas que, con desprecio, le devolvieron. Mas a pesar de haber encontrado en regla su documentación, le ordenaron les siguiera para declarar en la Comisaría. Era una añagaza. Al día siguiente aparecía su cadáver en las afueras de la ciudad. Era el 29 de septiembre de 1936. El robo fué el móvil del crimen.

Clérigo MANUEL MARTIN PEREZ. Vocación de la casa de Salamanca, que maduró en Carabanchel, en donde hizo su noviciado y profesión. Hacía años que había terminado sus estudios de Teología; pero una meticulosidad exagerada le detenía a los umbrales del subdiaconado, que no se atrevía a traspasar. Llevaba ya tres años en esta casa como profesor y asistente, cargos en los que desarrollaba competencia y entusiasmo.

Ya en plena persecución roja, una noche asaltaron la pensión en que se albergaba, y fué trasladado a la Cárcel Modelo, en donde tuvo el consuelo de encontrarse con varios de los Hermanos de las Casas de Madrid que le habían precedido en el cautiverio. En cambio fué el primero a quien Dios escogió entre ellos como víctima de propiciación: fué sacado de la cárcel en una expedición que pereció ametrallada en los campos de Paracuellos del Jarama el día 7 de noviembre de 1936.

Clérigo ESTEBAN COBO. Natural de Rábano (Valladolid), hizo su noviciado y profesión en Carabanchel, y más tarde, en ese Estudiantado Teológico terminó sus estudios. Mientras aguardaba la hora de su ordenación sacerdotal, fué destinado a esta casa en calidad de maestro.

Durante el período rojo se recogió en casa de una hermana suya, en compañía de su hermano Federico, vocación temprana que en Carabanchel había terminado el tercer curso de Latín. Al amanecer del 22 de septiem-

bre, atraídos por una denuncia anónima, los milicianos invadieron la casa, y sin compasión por la adolescencia de Federico, se llevaron detenidos a los dos hermanos. Al día siguiente sus cadáveres estaban en el Depósito de Santa Isabel. Habían sido asesinados en Puerta de Hierro, de la ciudad, el 23 de septiembre de 1936.

FRANCISCO EDREIRA, clérigo temporal. Nacido en La Coruña, en aquella Casa salesiana floreció su vocación, siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, Virgilio, que le había precedido al Noviciado.

Había terminado sus estudios de Filosofía, y en esta casa se dedicaba por vez primera a las actividades salesianas con toda la buena voluntad y el entusiasmo de su juventud.

Al producirse los sangrientos sucesos de julio, pronto pudo reunirse con su hermano, librado de Carabanchel, para correr juntos los mismos peligros. Y así fué, en efecto: meses más tarde, perseguido Virgilio por los milicianos, Francisco fué capturado con él, y juntos cayeron acribillados a balazos el día 29 de octubre de 1936. *Haec est vera fraternitas quae nunquam potuit violari certamine*, como canta la Iglesia: "Esta es verdadera fraternidad que no hubo lucha que pudiera vencer ni separar."

Coadjutor VALENTIN GIL. Nacido en Rábano (Valladolid), entró como aspirante en la casa de estudios de Carabanchel el año 1910. Gran dificultad encontró en los estudios, mas no fué ella parte para entibiar su amor a la Congregación, y se quedó como Coadjutor, dedicándose con entusiasmo al sacrificado oficio de la cocina.

¡Qué espíritu de trabajo el suyo! ¡Qué delicada caridad para dejar siempre contentos a los hermanos! ¡Qué esmero para que los niños no tuvieran la menor queja de la comida! Y al llegar el verano, en más de una ocasión, en vez del merecido descanso que podía proporcionarle la casa por la ausencia de alumnos, con gusto iba a alguna de las casas en que había Colonias Escolares para trabajar y ayudar, y ahorrar con una bien entendida economía, que suprimía gastos inútiles mientras sabía dejar contentos a los niños.

Fué una de las víctimas de la revolución. Detenido en un registro por las milicias, fué a parar a la Cárcel Modelo, de donde, al acercarse las tropas nacionales, fué trasladado a la de San Antón. Veía venir su próximo fin. Hombre de tantos arrestos como era antes, el pesimismo fué invadiendo su espíritu. Fué sacado de la cárcel, con otros dos Salesianos, el 26 de noviembre de 1936, en la expedición que fué cobardemente ametrallada en Paracuellos del Jarama.

IV. — SEMINARIO SALESIANO DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. (Carabanchel Alto. MADRID.)

Plácido asilo de paz en el que crecieron y se formaron la mayor parte de las vocaciones de esta Inspectoría y no pocas de la Tarraconense, cuando este Noviciado fué común para ambas provincias. A través de los años fué Casa de Hijos de María, Estudiantado Filosófico, Noviciado, y desde la proclamación de la infausta república, Estudiantado Teológico Nacional. En los últimos años, al lado del Estudiantado, había la sección de Hijos de María y unas Escuelitas Católicas para los hijos del pueblo.

Al descargar la turbonada revolucionaria, en la casa estaban solamente los Hijos de María, ya que los teólogos, por haber terminado el curso en junio, unos se habían reintegrado a sus Inspectorías y otros ayudaban en los Oratorios Festivos y Colonias Escolares.

Nada de particular ocurrió el domingo 19 de julio, si bien por la noche, desde la azotea de la casa, magnífico mirador desde el que se domina la capital, pudieron ya divisarse los siniestros resplandores de algunos incendios de templos, luminarias inevitables de toda algarada popular.

El lunes, hacia media mañana, la casa se vió asaltada por las turbas revolucionarias, que por largo espacio de tiempo la estuvieron tiroteando, como si se tratara de tomar una bien defendida fortaleza. Superiores y alumnos se

refugiaron en un corredor interior. Milagro fué que no hubiera ninguna víctima, pues más de una bala cruzó por entre los inermes religiosos. De pronto, en medio del fuego, el Director se adelantó con un pañuelo blanco en la mano, y con noble entereza gritó a las fieras: "Si queréis sangre, aquí estamos nosotros, aquí estoy yo; pero respetad a esos jóvenes, que son inocentes."

Adelantáronse los facinerosos, echaron a los religiosos contra una pared, y tomando a los aspirantes, los llevaron al Colegio Militar de Santa Bárbara. Eran casi el centenar. ¡Flores tempranas de vocaciones generosas que el vendaval satánico de la revolución soviética esparció con furia violenta! Imposibilitados en su máxima parte de restituirse a sus hogares, por estar en la Zona Nacional, fueron llevados y traídos por distintos lugares. ¡Cuántos son hoy vocaciones marchitas de pétalos ajados por el ambiente pestilencial que todo lo invadía! ¡Algunos murieron tristemente, enrolados en las filas rojas! Pero, ¡ah!, ¡no pocos han sabido conservarse y siguen hoy de nuevo su formación en la casa que un día con tanta tristeza tuvieron que abandonar!

Los Salesianos fueron entonces llevados al Ayuntamiento, donde los milicianos estuvieron largamente deliberando si debían matarlos o no. Al cabo los encerraron en las Escuelas Públicas convertidas en cárcel, hasta que a los tres días llegó de Madrid un camión con guardias que los condujeron a la Dirección de Seguridad. ¡Cuál no sería el peligro que corrían, que el teniente que mandaba la fuerza ordenó que, con su cuerpo y preparadas las pistolas, defendieran la vida de los detenidos!

En la Dirección de Seguridad, no encontrando motivo de detención, los pusieron en libertad a las dos de la madrugada. Entonces se dirigieron a los refugios que de antemano se habían a cada uno señalado. Conforme se fueron precipitando los acontecimientos, algunos fueron a dar en la cárcel, otros pudieron sortear hasta el fin los peligros a costa de mil zozobras y dificultades, algunos también dieron gloriosamente su vida por la causa de la Fe.

Sacerdote ENRIQUE SAIZ, Director del Estudian-

tado. Salesiano de recio temple, figura que con veneración recuerdan los que tuvieron la dicha de pasar por sus manos. Era natural de Ubierna, provincia de Burgos. Hacia el año 1905 entró de Hijo de María en la casa de Sarriá, en la que hizo el noviciado y profesó. Trasladado el Noviciado a Carabanchel, vino como asistente de novicios, hasta que, para atender a su delicada salud, fué enviado a la casa de Salamanca como maestro y asistente.

En esta época no todo fueron rosas en su camino: por esto es más de admirar y alabar la total transformación que en él se obró desde el momento en que cantó su primera misa. Bien penetrado de los deberes que el estado sacerdotal impone, fué su primer cuidado el de atender a su propia santificación con una piedad profunda, un estudio detenido de la Ascética y de la Mística, un gran espíritu de sacrificio, de donde le vino luego el celo fecundo con que atendía a los niños en la asistencia, en el consejo acertado, en el auge que dió a las Compañías. Al lado de esta entrega generosa que de sí hacía para con sus niños, encontró tiempo para obtener en la Universidad la licenciatura en Letras, sección de Historia, mientras escribía muy estimables obritas de teatro, inspiradas muchas de ellas en las escenas del Evangelio.

Estos signos de espiritual madurez movieron a los Superiores a encomendarle la dirección, primero, del importante Colegio de Segunda Enseñanza de Salamanca; posteriormente, la de la Casa Inspectorial de Ronda de Atocha (Madrid), y por último, la del Estudiantado Teológico de Carabanchel Alto. Experto ya en las lides del espíritu, atendió al cuidado de las vocaciones y a la formación de los futuros sacerdotes con un celo y una eficacia que prometían los más opimos frutos para el porvenir. La nefasta revolución vino a truncar una vida de tan fecundo apostolado.

Salido de la Dirección de Seguridad, según arriba hemos dicho, pudo esconderse en una pensión, en la que también se albergaron tres Salesianos más. Desde ella procuraba estar al tanto de cuanto sucedía, dirigiendo, aconsejando y ayudando a los Hermanos dispersos. Un

día llegó el registro fatal. Llevados los cuatro religiosos, a la mañana siguiente aparecieron sus cadáveres vilmente asesinados, dos en la Dehesa de la Villa; don Enrique y su compañero en el cercano pueblo de Vallecas. Era el 23 de octubre de 1936.

Sacerdote FELIX GONZALEZ. Fué en sus primeros años niño de coro de la Catedral de Salamanca. Con frecuencia, al salir de Vísperas, los llevaba su Superior a jugar al patio del Colegio Salesiano; de ahí nació en él la vocación y el amor a la Congregación de la que fué hijo ejemplar.

Hizo en Carabanchel su noviciado, y después de su profesión, siguió en dicha casa con los Hijos de María y como maestro de música. Después de estudiar en ella la Sagrada Teología, fué destinado a la casa de Ronda de Atocha, de Madrid, en donde desplegó una actividad incansable y un celo apostólico que le hicieron popular en esas barriadas. De arraigado espíritu religioso y de conducta ejemplar, los Superiores lo llevaron a la dirección de la casa de Baracaldo, y al terminar su mandato, de nuevo vino a esta casa como confesor y maestro de música.

En los primeros días de la revolución se escondió en casa de un hermano suyo que vivía en la turbulenta barriada de Ventas. Un día se dejó ver por las cercanías de la casa de Ronda de Atocha, donde tan conocido era: no faltó quien le siguiera los pasos y le denunciara. El día 24 de agosto caía víctima del plomo homicida, mientras su alma era recogida en el regazo de la Celestial Auxiliadora, de quien siempre tan devoto había sido.

Subdiácono CARMELO PEREZ. Natural de Vimianzo (Coruña), entró, niño aún, en la casa de Vigo, en donde germinó su vocación. Venido al Noviciado, hizo su profesión y los estudios de Filosofía con gran aprovechamiento, razón por la cual los Superiores lo enviaron para la Teología al Estudiantado Internacional de *La Crocetta*, de Turín. Terminados los exámenes de tercer curso y ordenado de Subdiácono, vino a esta casa para pasar en ella las vacaciones de verano, bien ajeno a que aquí le esperaba la corona del martirio.

Al sorprenderle los sucesos revolucionarios, siguió la suerte de todos los Hermanos de esta casa, yendo luego, al salir de la Dirección de Seguridad, a la misma pensión en que se hospedaba el Director, don Enrique Saiz. Con él fué sacado violentamente de casa en la noche del 22 de octubre. Al día siguiente yacía su cadáver, con el de otro compañero, en la Dehesa de la Villa, inicua-mente asesinado.

Clérigo TEODULO FRANCISCO GONZALEZ. Era natural de la provincia de Burgos y a la sazón acababa de estudiar el segundo curso de Teología.

Era uno de esos hombres que viven a nuestro lado sin que nadie se dé cuenta de ellos, y, sin embargo, realizan concienzudamente su callada labor. Siempre en sus labios una sonrisa serena y tranquila; poco hablador, pero constante en el deber cumplido; fiel a sus prácticas de piedad, confiado y expansivo con los Superiores.

Al venir los días de persecución se escondió en Madrid, procurando entretener las largas horas de ocio en el silencio de la Biblioteca Nacional, entregado al estudio y a la lectura. Mas no era él solo quien había escogido el tranquilo recinto para estar al abrigo de registros y molestias, y bien pronto los sabuesos del régimen de sangre dieron el soplo. Un buen día, cayendo los milicianos por sorpresa allí, hicieron una gran redada, llevándose también detenido a Teódulo. Desde entonces se perdió todo rastro de él. Dió su vida en el sacrificio anónimo. Era a fines de septiembre de 1936.

Clérigo VIRGILIO EDREIRA. Floreció su vocación en la casa de La Coruña, cuyas escuelas frecuentó de niño. Hizo en Mohernando su noviciado, la profesión temporal y cursó Filosofía. Sus preclaras dotes de inteligencia y de corazón aconsejaron a los Superiores emplearlo en Carabanchel como maestro y asistente de los Hijos de María, cargo que desempeñó con todo el entusiasmo de su vigorosa juventud.

Con la sonrisa en los labios afrontó las dolorosas vicisitudes de la revolución. En mangas de camisa y la estrella comunista al pecho, como un perfecto miliciano, iba y venía, enterándose de cuanto sucedía, llevando noticias

a los Superiores, jugándose la vida con alegre despreocupación. El fué quien primero averiguó que los Hermanos de Mohernando, con el Inspector, se encontraban en la cárcel de Ventas, y pidió comunicación y visita, siendo lazo de unión entre los de dentro y los de fuera. Este afán de servir y ayudar le hizo cometer la imprudencia de trasladarse a Carabanchel al Asilo de Santa Bárbara, en donde estaban recogidos los Hijos de María: lo bien que le salió la primera visita le hizo volver, sin reparar en lo peligroso de su aventura. En efecto, reconocido como religioso, le siguieron de lejos, espionaron su domicilio y a la noche le detuvieron, llevándose también a su hermano Francisco, de la casa de San Miguel, que con él vivía. La luz del nuevo día descubrió a los transeúntes sus cadáveres ensangrentados: en la altura, sus manos agitaban palmas de martirio. Era el 29 de octubre de 1936.

Coadjutor PABLO GARCIA. Buen aragonés, sin doblez ni malicia, era una de estas almas que pasan por el mundo sin que su hálito las empañe, contentas en la oscuridad de su retiro, fieles al deber con la puntualidad de un reloj. Amó su vocación intensamente, con un amor sencillo, alimentado por la piedad y el trabajo, el trabajo rudo del campo, al que atendía con cariño, feliz con sus herramientas y sus animales, ajeno a críticas y conversaciones.

La revolución para él fué un duro despertar a las miserias de la vida. Siguió la odisea de los demás Hermanos hasta salir de la Dirección de Seguridad y entrar en el albergue que se le había fijado. Temió la soledad y no paró hasta juntarse con otro Salesiano. Su aspecto sencillo le puso al abrigo de la persecución hasta que funcionaron las terribles *brigadas del Amanecer*: entonces fué detenido y llevado a una checa, en la que le maltrataron brutalmente para que revelara el domicilio de los Superiores; no pudo satisfacer la curiosidad de sus verdugos, que se vengaron asesinándole. La Virgen se lo llevó para que celebrara en los Cielos, con estola de púrpura, la fiesta de su Purísima Concepción (1936).

Coadjutor JUAN CODERA. Vida novelesca que nos descubre las maravillas de la gracia en las almas. Natu-

ral de Barbastro, en la provincia de Huesca, no hubo en su tiempo tipo más popular en la ciudad. Fué *speaker* de cine en los primeros tiempos del cine mudo; más tarde, empresario de toreros, negocio en el que fracasó, gastándose el poco dinero que había reunido. Fué a parar a Barcelona e hizo de criado en algún colegio para saciar el hambre. En ocasión en que se preparaba una corrida de toros de Beneficencia, obtuvo un sitio en las cuadrillas y se buscó el último lugar para destacarse de los demás: su aparición en la plaza fué saludada con una rechifla general al ver su contrahecha figura (era giboso); mas él se sacó la espina, pues apenas se abrió el toril para dar salida al primer toro, le esperó de rodillas, dando un pase soberbio como los grandes maestros, lo que puso al público en pie, y le valió una ovación que le hizo saborear aquella tarde las efímeras caricias de la gloria humana. En efecto, fuera de la plaza le esperaba el hambre y la soledad. Fué a llamar a las puertas de la casa de Sarriá solicitando ser admitido como criado. Tenía treinta años. Allí le esperaba el momento de la gracia.

La regularidad de la casa, el esplendor de las sagradas funciones en la bellísima iglesia, el espíritu de sacrificio en los religiosos, la alegría bulliciosa en los patios al lado de un orden admirable, la música, el teatro, todo ello constituyó una revelación para él y le descubrió los encantos de una vida diametralmente opuesta a la que hasta entonces había anhelado. Un día, tímidamente, expuso al Superior su deseo de ser Salesiano. El Superior le animó, pero puso a prueba su vocación. Meses más tarde estaba en el Noviciado de Carabanchel.

No fué la suya una vocación de estómago agradecido o necesitado, sino consciente, decidida, de convicción. El pensamiento de su salvación ocupó desde entonces el primer plano de su vida. Comprendió plenamente los deberes de la vida salesiana, y a ellos se amoldó por completo. En varias casas desempeñó el cargo de enfermero y de ropero, poniendo en ellos todo su interés impregnado de caridad amable, la sana alegría de su carácter, la mayor cantidad de sacrificio. Daba ejemplo de profunda piedad: nunca dejaba sus lecturas particulares; así sus conversa-

ciones, llenas de gracia y buen humor, estaban siempre salpicadas de citas de la vida de Don Bosco Santo, de la Imitación, del Padre Rodríguez, del Evangelio, traídas con rara oportunidad, recordando la necesidad de hacerse santos, de reparar el tiempo tan lastimosamente perdido en sus mocedades, de ganarse el cielo, de evitar la ofensa de Dios...

Estos pensamientos fueron los que guiaron su modo de obrar en la hora de la tribulación. Nada de retraimientos, siempre animoso: se lanzó a la calle para ayudar en lo que pudiera; al conocer el paradero de los Hermanos presos, fué a visitarlos con toda frecuencia; no recataba sus sentimientos religiosos, deseoso de dar la vida por Cristo. Se le advirtió que fuera más cauto: se sonrió. Las frecuentes visitas hechas a la cárcel de Ventas, en la que se encontraban 80 Salesianos, dieron que sospechar a los esbirros, quienes se apoderaron de él. Era hacia el 15 de septiembre de 1936, época en que en Madrid aparecían diariamente de doscientos a trescientos cadáveres asesinados: entre ellos apareció un día el del buen Hermano Codera. El Señor había acogido su deseo.

V.—NOVICIADO Y ESTUDIANTADO FILOSOFICO. (Mohernando. GUADALAJARA.)

A 15 kilómetros de esta capital, sobre la vía férrea que va de Madrid a Barcelona, álzase a la izquierda un montecillo cubierto de chaparras, última estribación de la serranía que el tren debe escalar para trasponer la divisoria de la vertiente mediterránea. Entre las encinas destacan su blancura dos graciosos chalets en donde esta Inspectoría tiene establecida su casa de Noviciado y Estudiantado Filosófico.

A mediados de julio de 1936 había comenzado en este remanso de paz una tanda de ejercicios espirituales; acababan de llegar los nuevos novicios, en número de 30; los antiguos iban a hacer su profesión temporal, practicaban también ejercicios los estudiantes de Filosofía y varios

profesos de las casas; se hallaban a la sazón en casa unas noventa personas, presididas por el señor Inspector.

A pesar del aislamiento en que se halla la casa, síntomas alarmantes dieron presto razón de que algo grave sucedía: dejaron de circular los trenes, no llegaba el correo, del pueblo venían rumores de cosas extrañas. Sin embargo de esto, los ejercicios siguieron hasta su fin, el día 23, en que hubo las nuevas profesiones. Por cierto que antes de la función de clausura el runrún de algunos aviones llamó la atención de los Superiores, que divisaron en la lejana llanura cómo los aparatos bombardeaban algunos puntos de Guadalajara, provocando incendios. La ignorancia absoluta de noticias impedía una interpretación exacta de lo que ocurría: eran los aparatos rojos, que bombardeaban las heroicas fuerzas del Ejército que se defendían desesperadamente en el cuartel, en el Parque de Ingenieros y en el Hospital.

La chusma de milicianos que se ensañó contra los abatidos héroes envió aquella tarde un pelotón al *monte* de Mohernando para que diera cuenta de los *frailes*. A las seis de la tarde se presentaban en casa armados hasta los dientes: reunieron a la Comunidad en el patio y comenzaron un minucioso registro en busca de armas. La amabilidad del Director los desarmó. Se retiraron sin llegar a vías de violencia. Pero eso no era sino el comienzo de un largo calvario.

El día 24, a las nueve de la noche, llegó un auto con la orden de que todos abandonaran inmediatamente la casa; opúsose el Inspector, alegando que había en ella muchos menores de edad; quedóse en consultar al Gobernador; al día siguiente, 25, llegó la aclaración: los menores quedarán en casa bajo la protección del Comité de obreros de Guadalajara; los demás abandonaran la casa inmediatamente.

Cincuenta salesianos salieron a campo traviesa, después de recibir la bendición de María Auxiladora impartida por el señor Inspector. Aquella noche la caravana acampó junto al río Henares, donde pasó también el domingo, mientras se buscaba cómo salir de tan apurado trance. Al anoecer de este día, el Inspector, acompañado de un

coadjutor, se dirigió a la estación de Humanes para poner un telegrama a Madrid y avisar de la crítica situación en que se estaba. El telegrama, censurado en el Gobierno civil de la provincia (llegó desfigurado a su destino), dió a conocer el lugar en que se hallaban los religiosos; al día siguiente, una partida de milicianos salió en su captura. Quiso Dios que fueran amigos de casa, y eso evitó una hecatombe. Su jefe los llevó al Gobierno civil en camiones, y el gobernador, molesto al vérselos allí, ordenó fueran devueltos a Mohernando en calidad de detenidos.

Este feliz desenlace tuvo un doloroso incidente: tropezóse la comitiva con un camión de la F. A. I. de Radio Ventas, de Madrid; esos forajidos, al saber que se trataba de *frailes*, no pararon hasta obtener que uno de los autos se desviara hacia Madrid, para darse el gusto de derramar sangre.

De nuevo en Mohernando, no como en casa propia, sino con centinelas de vista y detenidos.

Día 31. Nueva visita de milicias. Traían órdenes de requisar los animales, pero la chusma tenía muy diversas y siniestras intenciones. El sargento que los capitaneaba era antiguo alumno, y no sólo impidió todo desmán, sino que se ofreció al Inspector para lo que fuera menester. El Inspector le pidió viera el medio de trasladarlos a Madrid. Así lo prometió.

Día 2 de agosto. Nueva y desagradable visita. Un delegado del gobernador, con varios milicianos, traía orden de detención del Director de la casa y de seis jóvenes religiosos; por actividades políticas! El delegado, al verlos, no pudo reprimir un gesto de contrariedad ante la tremenda injusticia. En el camión salieron para la cárcel de Guadalajara.

Día 3 de agosto. El antiguo alumno cumplió su palabra. Trajo camiones suficientes para trasladar a Madrid a los 80 Salesianos que quedaban. Para salvar sus vidas los entregó a la Dirección de Seguridad, que los envió a la cárcel de las Ventas, lugar a la sazón el más seguro contra los desmanes que por la calle cometían las milicias incontroladas.

Largo fué el cautiverio: ninguno bajó de cinco meses

de cárcel. Algunos salieron en libertad; otros fueron destinados a batallones disciplinarios. La muerte segó no pocas vidas.

Sacerdote MIGUEL LASAGA, Director. Natural de Vitoria, frecuentó la casa salesiana que por breve espacio de tiempo funcionó en aquella capital; allí despuntó su vocación. El año 1911 comenzó en Carabanchel su noviciado. Estudió la Filosofía en Campello, y después de cursar en Mataró la Teología, cantó en Sarriá su primera misa.

Temperamento de artista, manejaba la pluma con singular gracejo; por esto los Superiores lo mandaron a Turín para que estuviera al frente del *Boletín Salesiano Español*. Pero una afección pulmonar que se le declaró, aconsejó cambiarle a clima de altura, y fué enviado al Perú. Ya completamente repuesto, volvió a la madre Patria: pasó un par de años en las Escuelas de Artes y Oficios de Madrid, y al fin fué enviado a la casa de Moherando como profesor de Literatura. El año 1934 fué nombrado Director de la misma.

Gran pensador, escritor fácil, buen pintor, conferenciante ameno, reunía un conjunto de cualidades sobresalientes que ahora, en la plenitud de su vida, hubieran rendido muy sazonados frutos. El Señor lo dispuso de otra manera.

Ya hemos dicho cómo el 2 de agosto de 1936 fué llevado a la cárcel de Guadalajara en compañía de seis jóvenes profesos. Su espíritu abierto, su gran cultura, su carácter servicial, pronto atrajeron hacia él y hacia sus salesianitos una gran corriente de simpatía. Al poco tiempo era el amigo y confidente de todos.

Un día del mes de diciembre la aviación nacional bombardeó el aeródromo de Guadalajara, y la cobardía de los milicianos no encontró otro medio de venganza que matar a los presos indefensos de la cárcel. Abandonada ésta por los oficiales de Prisiones, y advertidos los presos de lo que se trataba, quisieron unos organizar una defensa imposible, mientras otros juzgaban que ello sólo serviría para exasperar a las fieras sin provecho. Como no se llegara a un acuerdo, acudieron al Padre Lasaga en de-

manda de consejo. El les hizo ver la inutilidad de una defensa sin armas ni apoyo de la autoridad: que lo mejor era abandonarse en las manos de Dios y, si ésta era su voluntad, prepararse para comparecer bien dispuestos ante su augusto Tribunal. Prevalció su consejo. Los presos se retiraron a sus celdas o salas. El pasó por todas, animando y absolviendo. Entretanto, habían llegado los milicianos, y sacando a los presos por grupos, los fueron ametrallando. Así cayeron los trescientos y pico de presos de Guadalajara el 6 de diciembre de 1936. Con ellos dió su vida el malogrado Padre Lasaga y los seis jóvenes Salesianos que le habían acompañado a la cárcel.

PASCUAL CASTRO, clérigo temporal. Vocación de la casa de Salamanca; había profesado el 23 de julio. El 2 de agosto entraba en la cárcel de Guadalajara, y moriría ametrallado con los presos de dicha cárcel el 6 de diciembre de 1936.

JUAN LARRAGUETA, clérigo temporal. Buen navarro, temperamento decidido, corazón ardiente y sacrificado, no es extraño que hubiera germinado en él la vocación misionera. Había estudiado ya el segundo curso de Filosofía. En la cárcel de Guadalajara encontró la palma del martirio.

LUIS MARTINEZ, clérigo temporal. Su vocación se despertó en la casa de La Coruña, de donde era natural. Compañero de curso del anterior, lo fué también de cautiverio y de martirio.

HELIODORO RAMOS, coadjutor temporal. Natural de Salamanca, entró en Carabanchel para seguir estudios; pero las dificultades que en ellos encontró, aconsejaron a los Superiores dedicarlo a coadjutor. Acababa de hacer su profesión, cuando entró en la cárcel de Guadalajara y siguió la suerte de su Director.

FLORENCIO RODRIGUEZ, clérigo temporal. También él salmantino y recién profesó. Siguió a sus compañeros en el cautiverio y en la senda ensangrentada del martirio.

ESTEBAN VAZQUEZ, coadjutor temporal. Venido de La Coruña, también él acababa de profesar, y cuando se prometía una vida llena de actividad, el Señor le de-

paró en la cárcel el lirio rojo de la inmortalidad triunfante.

ANDRES JIMENEZ, sacerdote novicio. Nacido en Rambla de Oria, provincia de Almería, transcurrió su niñez en la inocencia y la virtud, mereciendo del Señor la gracia de la vocación sacerdotal. En el año 1934 estaba de profesor en el Seminario de Almería, cuando hizo allí la visita apostólica el hoy Obispo de Pamplona, excelentísimo y reverendísimo señor don Marcelino Olaechea. El breve trato que tuvo con el eximio Salesiano despertó en él un amor grande a nuestra Congregación, y pidió ser admitido entre los hijos de Don Bosco Santo. El curso 1935-36 lo pasó como aspirante en el Colegio Salesiano de Salamanca, donde pronto se adaptó a nuestra vida, que le parecía hecha a propósito para él. En julio de 1936 entraba en el Noviciado de Mohernando. ¿Quién le iba a decir que iba a ser la primera víctima que de aquella casa iba a escoger el Señor?

Echado de casa con los demás, conforme se ha contado, al ir a Guadalajara en la caravana ocupaba el último automóvil con otro joven profeso. Fué el que se tropezó con un camión de la F. A. I., que obligó al chófer a que torciera rumbo a Madrid. A los cinco kilómetros de Guadalajara los milicianos alcanzaron el auto, obligaron a descender a los dos ocupantes, y cacheando a don Andrés, le encontraron un crucifijo. Ordenáronle entonces que lo arrojara al suelo, mas él lo llevó devotamente a los labios y lo besó. Enfurecidos los esbirros, gritaron: “¡Manos arriba! ¡Adelante por el rastrojo!” No habría andado aún unos diez pasos, cuando dispararon sus fusiles y lo dejaron tendido en el surco. Los ángeles recogerían su alma para coronarla con corona de martirio. Era el 27 de julio de 1936.

Coadjutor JOSE MARIA CELAYA. Modelo de coadjutores salesianos. Alma candorosa, actividad incansable, rostro siempre sonriente, veneración filial para con los Superiores, ejemplar en la observancia religiosa, fué siempre elemento de grande ayuda en las casas en que le puso la obediencia. Fué de los primeros coadjutores de esta Inspectoría, y era una institución en la casa de Caraban-

chel, en la que se encontraba desde su fundación, hasta que en 1917 los Superiores lo escogieron para formar parte del pequeño grupo de Salesianos que fueron a fundar a la isla de Cuba. Las grandes fatigas que se impuso en los comienzos de la fundación, unidas a las inclemencias del clima, le produjeron una molestísima enfermedad, parálisis progresiva, que aconsejó a los Superiores el volverlo a la Patria para ver si el cambio de clima podía detener el progreso del mal. Y vino destinado a la casa de Mohernando.

¡Qué edificante era para los novicios y recién profesos ver a ese hombrón (era de gran estatura) siempre sonriente, tranquilo en medio de sus dolores, puntual a las prácticas de piedad, que hacía con el mayor recogimiento, ocupado el tiempo libre en el cuidado del gallinero!

Cuando vino para la casa la hora de la prueba, se vió obligado a acompañar la expedición a Madrid, y con todos entró en la cárcel de Ventas. Inmediatamente le tuvieron la consideración de llevarlo a la enfermería; pero la absoluta falta de sus medicinas precipitó el avance del mal, y a los pocos días moría en la cárcel misma, después de haberse confesado, ya que otro sacramento no se podía administrar. Era el día 9 de agosto de 1936.

Sacerdote LUIS SOTO. Nació en Itero de la Vega, provincia de Palencia. Terminaba sus estudios teológicos en el Estudiantado de Carabanchel Alto y se ordenaba de sacerdote en el mismo el día 21 de mayo de 1936, dos meses antes de la terrible contienda.

Durante el período del trienio práctico dió muestras de un espíritu serio y formal, sacrificado y trabajador. No es, pues, de extrañar que en el tiempo del Estudiantado hiciera sobre sí una labor formativa muy estimable y realizara visibles progresos en el camino de la virtud. Pero estos esfuerzos minaron su fibra, no muy robusta, y al terminar sus estudios se le declaró una tuberculosis ya avanzada que exigió pronto y radical remedio. A este fin se le envió a la casa de Mohernando, donde el especialista le prescribió reposo absoluto. En la cama le sorprendieron los sucesos de julio.

En la situación de desamparo e impotencia en que a la

sazón se hallaban los Hermanos de esta casa, no pudo librarse de abandonar el lecho para seguirlos a la cárcel de Ventas. ¡Qué pena tan grande daba ver al pobre enfermo enflaquecido, febricitante, necesitado de cuidados y sobrealimentación, y, en cambio, mal alimentado y desatendido! ¡Estaban en la cárcel y bajo el dominio rojo! Varias veces se hizo presente al médico la situación lastimosa en que el enfermo se hallaba: todo en vano. Al fin, la enfermedad se agravó, y entonces se le dió lugar en la enfermería de la cárcel. El médico recluso que estaba al frente de los servicios de la enfermería obtuvo autorización para que (contra los usos entonces vigentes) uno de los Hermanos velara constantemente a la cabecera del enfermo. Asimismo, y sorteando la prohibición de que los presos hicieran visitas a la enfermería, permitía que el Inspector u otro de los sacerdotes le visitaran a menudo, llevándole el consuelo de santas conversaciones y la facilidad de confesar todas las semanas. ¡Pobre hermano! ¡Se resistía a morir en la cárcel! Fué apagándose como la lámpara por falta de combustible. Entregó su alma a Dios el 12 de diciembre de 1936. Hacía siete meses que había sido ordenado: sólo una vez celebró el Santo Sacrificio; esperaba con ilusión el día en que pudiera cantar con la debida solemnidad la primera misa en su pueblo natal, y el Señor le llevó para que en los Cielos formara parte del coro que canta el Hosanna eterno.

Coadjutor DAVID MARTIN. Natural de Santo Domingo de Silos (Burgos). Conoció nuestra Congregación siendo ya mayor, y entró en ella adaptándose admirablemente a la nueva vida. En Mohernando hizo su noviciado, su profesión temporal y la perpetua. Era un buen sastre, y al mismo tiempo se ocupaba de la ropería. Con el andar de los años se agravó en él una sordera muy pronunciada: a pesar de ello, lejos de agriarse su carácter, siempre se le veía sonriente, deseoso de complacer, nada suspicaz. Cuando se le dirigía la palabra, participaba en la conversación, que salpicaba de agudas observaciones; cuando no, quedábase al margen, tranquilo, sin manifestar la menor molestia. Sentía la vida religiosa con

honda convicción; era piadoso, mortificado, ejemplar en la práctica de las reglas y en especial de la pobreza.

A poco de entrar en la cárcel de Ventas le requirieron para que practicase su oficio de sastre, y al frente de algunos Hermanos, pusieron un tallercito; mas lo reducido de la alimentación y la falta de cuidados quebrantaron su delicada salud, recrudeciéndose una antigua enfermedad que le obligó a guardar cama en la enfermería. Cuando le llegó la hora de la libertad, fué trasladado al Hospital del Rey, de donde más adelante le evacuaron a un Hospital de Castellón de la Plana. Sonaban ya cerca los cañonazos precursores de la liberación por las tropas victoriosas de Franco, cuando el buen Hermano entregaba su alma a Dios el 26 de marzo de 1938.

SEVERO VIDE, clérigo temporal. Vocación de la casa de Orense, acababa de cursar el segundo de Filosofía cuando estalló la revolución. Siguió la suerte de los Hermanos de Mohernando, ingresando en la cárcel de Ventas, en donde permaneció largos meses. Al salir, por estar movilizada su quinta, tuvo que formar en las filas del Ejército rojo. Estuvo en contacto continuo con los Hermanos, a quienes escribía con frecuencia. Al partirse por gala en dos la España roja, quedó en la zona de Cataluña, y desde entonces (abril de 1938) no se volvió a tener noticia de él. Es de suponer que haya sucumbido en alguna de las duras batallas de la reconquista.

AGUSTIN CARABIAS, clérigo temporal. Nacido en Valdecarros, provincia de Salamanca, hizo su profesión en plena revolución, el 23 de julio de 1936. Había tomado muy en serio el negocio de su adelantamiento en la virtud. ¡Con qué recogimiento hacía sus prácticas de piedad, aun en la cárcel, en donde, burlando la vigilancia roja, se llevaba con toda exactitud la vida de Comunidad! ¡Qué puntual y esmerada la cuenta de conciencia que todos los meses daba al Inspector!

Fué una de las víctimas del hambre y de las privaciones. Al salir de la cárcel tuvo que ingresar en un sanatorio, en el que moría el 1.º de marzo de 1938.

GIL DELGADO, clérigo temporal. Salmantino también, de Santiago de la Puebla, y profeso de última hora.

Convaleciente apenas de una enfermedad al ser arrojados los Salesianos de casa, se le procuró inmediato albergue en el cercano pueblo de Hita, en casa de la familia de un Salesiano. Pudo sortear las dificultades del momento haciéndose *miliciano de la cultura* y dando clase en el pueblo. No perdió el contacto con los Superiores hasta que, al acercarse las tropas a Hita, en la campaña de Guadalajara, fué evacuado primero a Cuenca y después a Barcelona. Murió trágicamente en un choque de autos a fines de 1938.

VICENTE RODRIGUEZ, clérigo temporal. Nacido en Támara (Palencia), hermano de un Salesiano sacerdote, también él dió su nombre a nuestra Pía Sociedad, ingresando en el Noviciado en julio de 1933. Dotado de gran espíritu de sacrificio y de verdadero amor al trabajo, daba grandes esperanzas de sí para el porvenir.

Después de largos meses de cárcel, al ser puesto en libertad, tuvo que ingresar en el Ejército rojo, por estar movilizada su quinta. Cuando podía alcanzar algún permiso, no dejaba de venir en seguida a visitar a los Superiores, con los cuales estuvo siempre en relación. Murió en la batalla de Brunete el 13 de enero de 1939.

MANUEL GARCIA, novicio clérigo. Natural de Fuentes de San Esteban (Salamanca), acababa de entrar en el Noviciado. A pesar de sus pocos años, fué llevado a la cárcel de Ventas. Las privaciones sufridas provocaron en él la enfermedad que no perdona. Al salir de la cárcel fué trasladado a un sanatorio, en el que murió el 7 de marzo de 1938.

MIGUEL SEPTIEN, novicio coadjutor. De Santo Domingo de Silos (Burgos) y hermano de un Salesiano. Siguió la suerte común. La deficiencia de alimentación precisamente en el período de su crecimiento y desarrollo le causó la enfermedad que le llevó a la tumba. Al salir de la prisión fué recogido en casa de unos parientes, volando al Cielo el 2 de mayo de 1938.

SEBASTIAN HERNANDEZ, novicio clérigo. Nació en Aldeadávila de la Ribera (Salamanca). Hermano de un sacerdote salesiano, acababa de empezar su noviciado al estallar los luctuosos sucesos de julio. Al entrar en la Di-

rección de Seguridad, en vez de ser llevado a la cárcel de Ventas fué enviado, por menor de dieciséis años, a un colegio en el que había reunidos varios jóvenes aspirantes de Ordenes religiosas.

Al ser movilizada su quinta, tuvo que ingresar en las filas rojas; estuvo en los ataques de Tremp, y al replegarse los rojos hacia los Pirineos, intentó cruzar la frontera para pasar a la España Nacional; mas cayendo en manos de la vigilancia, fué asesinado en Civis (Lérida) el 28 de junio de 1938.

VI.—COLEGIO DE MARIA AUXILIADORA. (SANTANDER)

La Asociación Católica de Padres de Familia de Madrid sostenía durante los veranos Colonias Escolares, una de las cuales se albergaba en este Colegio Salesiano de Santander. Al sobrevenir la tragedia roja, siguió funcionando en el Colegio dicha Colonia sin ser molestada, y los religiosos pudieron tranquilamente abandonar la casa y buscar asilo en el seno de familias amigas de la ciudad. Andando los días, no faltaron horas amargas: algunos sufrieron los rigores de la cárcel y de los batallones disciplinarios; no faltaron jóvenes animosos que exponiéndose a mil peligros traspusieron la cordillera para incorporarse a la España Nacional; dos de ellos sucumbieron al zarpazo de la fiera roja.

Sacerdote ANDRES GOMEZ. De él podemos justamente decir: *Un bel morir tutta una vita onora*. Nacido en la provincia de Castellón de la Plana, entró de niño en la casa de Sarriá como artesano encuadernador. Un descuido le dejó la mano maltrecha entre los cilindros de un laminador. Pasó a los estudiantes, y al terminar las Elementales, pidió ingresar en la casa de vocaciones. Fué novicio y profesó, siguiendo la Filosofía. Al cabo de muchas andanzas, se ordenó de misa y fué a prestar servicio parroquial en la diócesis de Orense. Al estallar

la revolución, llevaba ya dos años en la casa de Santander como profesor y maestro de música.

Trágica fué su muerte. Había salido un día de paseo al puerto para ver la llegada de las barcas pesqueras, y un muchacho travieso, que por tal había sido despedido del Colegio, lo denunció a un miliciano como religioso y sacerdote. Fué apresado, y se cree con fundamento que a la noche (como hacían con sus víctimas) lo llevarían al Faro, desde el cual lo despeñarían por el acantilado al mar. Ni se encontró su cadáver ni se volvió a saber de él. Era hacia el 14 de diciembre de 1936.

Coadjutor ANTONIO CID. Natural de Casaldoira (Orense), entró como aspirante en la casa de vocaciones de Ecija (Sevilla). Llegó a vestir sotana; pero no sintiéndose con fuerzas para abrazar las graves obligaciones de la vida sacerdotal, pasó a coadjutor, dedicándose siempre a la enseñanza.

En todas las casas a que le destinó la obediencia, se demostró un Salesiano trabajador, entregado por completo a sus niños, de tal modo, que a ellos, con permiso de su Director, dedicaba ordinariamente horas extraordinarias de clase.

Cuando se produjeron los sucesos revolucionarios permaneció algún tiempo escondido en Santander. Mas temiendo por su seguridad, prefirió marchar a Bilbao para tener el amparo de algunos parientes. Donde pensó guardar su vida encontró la muerte. Un día salió de paseo y no volvió. Parece que alguien le denunció como religioso. Los parientes hicieron indagaciones, pero en vano. Fundadamente se cree que fué asesinado. El hecho ocurrió el 25 de septiembre de 1936.

VII.—COLEGIO DE MARIA AUXILIADORA. (SALAMANCA)

Este importante Centro, que en la actualidad cuenta con más de 700 alumnos, de ellos 500 de segunda enseñanza, en las postrimerías de la aciaga república tuvo que vivir

camuflado y como laico, para sortear las asechanzas que contra su existencia se tendían. Conocimos el informe que un enviado especial mandó al Ministerio de Instrucción Pública. De él eran estas palabras: "Aunque está perfectamente disfrazado todo y en plena apariencia legal, tenemos la convicción de que los profesores son religiosos." Esto obligaba a que el personal vistiera de seglar y, al llegar las vacaciones, se dispersara por otras casas para dar la sensación de que no había vida de Comunidad. Esta circunstancia hizo que, a pesar de haberse encontrado felizmente en zona nacional desde el principio, el Colegio tuviera también sus mártires.

Coadjutor DIONISIO ULLIVARRI. Natural de Victoria, entró de niño en la casa de Sarriá hacia el año 1895; y allí aprendió el oficio de encuadernador. Hizo en Sarriá su noviciado, y una vez profeso, los Superiores lo destinaron a la Administración de aquella complicada casa de Estudiantes y Artes y Oficios. Al mismo tiempo, era uno de los elementos insustituibles en la banda, en el canto y en el teatro. De carácter serio y trabajador, buen religioso, amante de su regla, al abrirse en Ronda de Atocha, de Madrid, las Escuelas Profesionales, fué uno de los escogidos para ponerlas en marcha.

Los conocimientos adquiridos en Sarriá le sirvieron admirablemente para ser en la nueva casa un buen Jefe de Talleres y un competente maestro de banda. La labor que en este sentido realizó con los internos y los Antiguos Alumnos no será nunca bastante bien ponderada: varios de sus discípulos obtuvieron después puestos estimables en renombradas agrupaciones artísticas, merced a la sólida preparación recibida.

Al instaurarse con la república las leyes laicas perseguidoras de la enseñanza religiosa, se le destinó a la casa de Salamanca como Administrador de la Sociedad que había tomado a su cargo dicho centro docente. Su práctica y experiencia le hicieron salir airoso de su cometido, en el cual, sin embargo, nunca dejó de ser el buen religioso, puntual a las prácticas de piedad, exacto en sus cuentas, claro y confiado con los Superiores, amante hasta el escrúpulo de la pobreza.

En el verano de 1936, terminados los balances de la casa de Salamanca, vino a Madrid, en donde le sorprendió el estallido de la revolución. Se ocultó en casa de unos amigos, sin perder el contacto con los Superiores. Con el malogrado don Germán Martín frecuentaba la casa del coronel de Artillería don Carlos Serrano, y con ellos fué detenido y asesinado en Aravaca (Madrid) el 30 de agosto de 1936.

PEDRO ARTOLOZAGA, clérigo trienal. En la casa de Santander, de donde era natural, despuntó esta vocación, que era una verdadera promesa. Hizo su noviciado y su profesión en Mohernando, donde también estudió la Filosofía. Enviado a este Colegio de Salamanca, presto dió muestras de una gran seriedad en el cumplimiento del deber y de maravillosas aptitudes para la enseñanza y para la asistencia, a las que se entregó con verdadero entusiasmo.

Terminado el curso de 1935-36, se le envió a Carabanchel, ya que en el curso siguiente iba a comenzar la Sagrada Teología; allí se vió envuelto en los tristes sucesos de julio, acompañando a los Hermanos de aquella casa en sus horas de agonía. Al ser puestos en libertad, el Director lo llevó consigo a una pensión; con él fué detenido más adelante y con él bárbaramente asesinado en Vallecas (Madrid) el 23 de octubre de 1936. En el *Boletín Oficial* de la provincia hay una muestra palpable del cinismo y de la calumnia del Gobierno rojo, pues al dar la relación de los cadáveres encontrados este día dice falsamente de nuestro buen clérigo que llevaba encima una tarjeta con su nombre, *Pedro Artolozaga, fascista*, como si con esto se quisiera justificar el abominable crimen.

MANUEL BORRAJO, clérigo temporal. Sobrino de otro mártir, don Antonio Cid, y, como él, natural de Casaldouira (Orense). En Mohernando hizo su noviciado, su profesión temporal y cursó la Filosofía, siendo luego destinado a esta casa como maestro y asistente. En el poco tiempo que en ella estuvo, fué siempre diligente en el cumplimiento exacto de sus deberes, demostrando un grande amor al estudio, que le hacía ser avaro en el aprovechamiento del tiempo.

También él, al llegar las vacaciones, vino a Carabanchel y siguió el calvario de la revolución. Estaba en la pensión con el malogrado don Enrique Sáiz y otros dos compañeros: juntos fueron apresados y juntos volaron al Cielo, si bien Borrajo fué asesinado con Carmelo Pérez en la Dehesa de la Villa. Era el 23 de octubre de 1936.

JOSE IGLESIAS, clérigo temporal. Natural de San Payo de Rabal, provincia de Orense. Compañero del anterior, con él hizo el noviciado, la profesión y cursó la Filosofía, siendo destinado al Colegio de Salamanca. Virtud destacada en él era un cariño filial a los Superiores: con toda frecuencia iba al cuarto del Director, no sólo para dar su cuenta, sino para aconsejarse en las dificultades de sus primeros pasos en la enseñanza, y aun para escuchar simplemente palabras de aliento.

Venido a Madrid en las vacaciones de 1936, en un deseo de mejoramiento pidió hacer los Ejercicios Espirituales de Mohernando, porque eran de diez días. Así le tocó sufrir la terrible odisea de los Hermanos de esa casa, yendo con ellos a la cárcel de Ventas de Madrid. Puesto en libertad, le tocó alistarse en el ejército rojo, por estar movilizada su quinta. Pudo al principio esquivar peligros por haberse hecho *miliciano de la cultura*; pero cuando arreciaron las derrotas del Ejército rojo, le llevaron al frente del Ebro. Las últimas cartas de él recibidas son de marzo de 1938. Desde entonces no se supo más de él, lo que permite suponer que caería en uno de los ataques de aquella sangrienta campaña.

VIII. — SALESIANOS MUERTOS EN LAS FILAS DEL EJERCITO NACIONAL

Sacerdote RAFAEL OJANGUREN. Vocación venida de la casa de Baracaldo. Hizo en Carabanchel su noviciado y su profesión religiosa; ejerció su apostolado en varias casas de esta Inspectoría y cantó misa en el Colegio de San Matías, de Vigo.

Al iniciarse el glorioso Movimiento Nacional, se ofreció

generosamente como capellán militar y estuvo en varios de los frentes de batalla ejerciendo el ministerio.

El 23 de mayo de 1937 se encontraba en las Navas del Marqués (Avila), cuando al salir de su *chabola* (choza), una granada disparada desde el campo rojo estalló junto a él y le arrancó la vida. Tal vez habría pensado con nostalgia en la fiesta de María Auxiliadora, que al día siguiente con tanta solemnidad se iba a celebrar en las casas salesianas, y nuestra buena Madre se lo llevó consigo para que la celebrara en el Cielo.

Clérigo AMADOR PEÑA. Natural de Cardeña-Jimeno, provincia de Burgos, hizo su noviciado y profesión en Mohernando, y cursada la Filosofía, fué destinado a Salamanca, al Patronato de San José. Alma sin doblez, generoso en el trabajo, de piedad sincera y grande amor a su vocación, cumplidos sus deberes militares fué admitido a la profesión perpetua. A este fin, marchó a Mohernando para prepararse a los votos, que emitió el 23 de julio de 1936, cuando el incendio de la revolución hacía ya por doquiera terribles estragos.

Acompañó a los Hermanos en la angustiada tragedia hasta entrar en la cárcel de Ventas, de donde, al cabo de ocho meses, salió en libertad. Por estar movilizada su quinta, tuvo que ingresar en las filas rojas, y se encontró en trances bien duros, hasta que logró, aprovechando una feliz oportunidad, pasarse al campo nacional.

¡Con qué alegría aprovechó el primer permiso para volver a su amada casita de Salamanca y abrazar a los Superiores! Pero la Patria le reclamaba en el frente, y allá partió, bien ajeno a que ya no volvería más. El 21 de septiembre de 1938 un avión enemigo, volando por encima de su campamento, dejó caer al desgaire una bomba de mano, que estalló en medio de un grupo en que él se encontraba: fué la única víctima. Sus restos descansan en el cementerio de El Toro, provincia de Teruel.

ANTONIO VELASCO, clérigo temporal. Nació en Astudillo (Palencia), de donde vino al Noviciado de Mohernando, en el que profesó y estudió la Filosofía.

Se encontraba en el trienio práctico, muy contento con

sus niños, a los que se dedicaba por entero, cuando, al iniciarse la Cruzada de la liberación, tuvo que tomar las armas al servicio de la Patria.

Añuvo por varios frentes hasta que, al comenzar la campaña del Alfabra, tomó parte en el ataque a la célebre Muela de Teruel, donde inmoló generosamente su vida el 21 de enero de 1938.

ANDRES APARICIO, clérigo temporal. Sobrino del bien recordado don Enrique Sáiz, y, como él, de Ubierna (Burgos), siguió las huellas de tan preclaro maestro en el camino de la virtud. Niño aún, ingresó como aspirante, hizo en Mohernando su noviciado y profesión temporal y, cursada la Filosofía, fué destinado a Astudillo para hacer el trienio práctico.

También él tuvo que empuñar las armas en defensa de la Patria y de la Fe, y estuvo en diversas acciones de guerra, hasta que en la campaña de Teruel una granada lo dejó mal herido en el campo de batalla. Trasladado rápidamente al Hospital de sangre, ingresó en él ya cadáver. Fué en Cella, a pocos kilómetros de distancia de la Muela, y el mismo día 21 de enero de 1938, en que rindió el alma a Dios su compañero Velasco.

¡HONOR A LOS HEROES!

¡ Mártires gloriosos que disteis vuestra vida por los altísimos ideales de Religión y Patria! Los Hermanos de esta Inspectoría Salesiana Céltica de Santiago el Mayor, aun sintiendo el dolor inmenso de vuestra ausencia, se sienten orgullosos de vuestro heroísmo. Testigos fueron de vuestras virtudes excelsas, a vuestro lado aprendieron lecciones preclaras de vida religiosa santa, de amor a Don Bosco, de salesiana actividad, de sacrificio abnegado que culminó en la inmolación augusta de vuestras vidas... ¡ Dichosos vosotros, que, jubilosos, tremoláis ya,

por encima de los luceros, palmas de triunfo orladas con lirios rojos de martirio!

¡ Sobre vuestra tumba, nuestra plegaria y las florecillas de nuestro fraternal cariño!

¡ En nuestros corazones, la llama viva de vuestro impercedero recuerdo!

Madrid, noviembre de 1939.—Año de la Victoria.

FELIPE ALCANTARA

Inspector



